

EL CENTENARIO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS

UNA EXCEPCIONAL EMBAJADA CIENTÍFICA EN MADRID

DURANTE el año en curso ha sido pródiga la vitalidad cultural de España. En el conjunto de actos de tal carácter que se han celebrado destaca, por su importancia intrínseca y su resonancia exterior, la conmemoración del centenario de la Academia de Ciencias. La creación de ésta, hace un siglo, no es, como a primera vista pudiera juzgarse superficialmente, un hecho aislado, sino que está enlazado de modo profundo con una serie de manifestaciones que acreditan la inquietud científica de nuestra Patria. No es, a propósito de esto, inoportuno recordar aquella ferviente tenacidad con que D. Marcelino Menéndez y Pelayo, frente al escepticismo, la negación y la sonrisa de muchos, defendió la existencia y la vitalidad de una ciencia española a finales de siglo. Aquella polémica demostró que en España había latido siempre una preocupación científica y que era muy notable nuestra aportación a la ciencia universal.

Reflejo de tal preocupación fué también la creación de esta Academia, cuyo primer centenario se cumplió ahora. Por aquellos

días otros hechos venían a completar el perfil renovador de la España de hace un siglo. Justo era que, al cabo del tiempo, la España de hoy, también en trance de renovación, festejase el nacimiento de la Academia.

Nada mejor para solemnizar la fecha que la reunión en Madrid de unas cuantas insignes figuras de la ciencia universal. Hace un siglo, en su primera sesión, la Academia acordaba dedicar buena parte de su reducida economía a la suscripción de «periódicos extranjeros referentes a ciencias en los países más adelantados. A los cien años la Corporación convocaba en la capital española un brillante desfile de sabios de todo el mundo. En tal sentido, España se ha sentido orgullosa de albergar, siquiera sólo por breves días, una selección de hombres eminentes, consagrados por el prestigio de sus tareas y hermanados en el homenaje a la Academia que cumplía su primer centenario.

La ciencia de los Estados Unidos estuvo representada por el doctor Theodors von Karman, director de la Oficina de Inventos de la Aviación de su país y representante de la National Academy of Sciences, y por el doctor George M. Foster, en representación de la Smithsonian Institution. Inglaterra envió a sir Cyril Hinzelwood, ilustre profesor de Física y Química en la Universidad de Oxford y miembro de la Royal Society de Londres; con él vino el profesor Smith, catedrático de Optica Física. Portugal estuvo representado por el profesor Celestino da Costa, médico y delegado de la Academia de Ciencias de Lisboa, acompañado por el investigador profesor Machado e Costa, director del Museo de Mineralogía de la Universidad de Lisboa. Por la ciencia alemana han acudido los profesores Gerhaed Rohlfs, vicepresidente de la Academia de Munich, y Ludwig Fospp, insigne matemático de la ciudad de Estrasburgo. Francia concedió su representación a los prestigiosos investigadores Gaston Julia, matemático, vicepresidente de la Academia de Ciencias de París; Gabriel Bertrand, decano de la misma corporación; Luis Fage, destacado geólogo; Pao Fallot, universalmente estimado por sus trabajos geológicos, y por el profesor de Matemáticas de la Universidad de Lille, Kampé de Feriet.

Bélgica estuvo representada por el delegado de la Academia de Ciencias y Artes de Bruselas, Paul Fourmarier; por el geólogo Armand Penier, de la Academie Royal de Bélgica, y por el físico Charles de Lanneback. Holanda envió al profesor Van Iterson, técnico, en representación de la Academia de Amsterdam; al profesor Brouwer, matemático, y al doctor Biezeno, ingeniero especialista en temas aeronáuticos y rector de la Universidad Técnica de Delft. La ciencia sueca tuvo como representantes al eminente profesor Svedberg, premio Nóbel, catedrático de Química y Física en la Universidad de Upsala, y al profesor Nordenson, de la Real Academia de Ciencias de aquel país. De Italia vinieron Francesco Severi, presidente del Instituto de Alta Matemática de Roma; el profesor Salviucci, secretario de la Academia Vaticana; el profesor Mauro Picone, director del Instituto de Matemática Aplicada de Roma, y el general Luigi Broglio, investigador en temas aeronáuticos. La representación suiza estuvo formada por el profesor Maurice Lugeon, geólogo; el ingeniero M. Ros, director del Laboratorio de Ensayo de Materiales, de Zurich, y el profesor P. Scherrer. Cerró el excepcional desfile la representación colombiana, integrada por D. Gabriel Carreño Mallarino, encargado de Negocios; D. Guillermo Hernández de Alba, cónsul general, y el padre Marcelino Castellví, capuchino.

Merece la pena recordar toda esa valiosísima embajada intelectual, que durante unos días pudo ver cómo en la capital de España se trabaja en un clima de paz y cómo nuestra ciencia labora ilusionadamente para superarse día a día en sus realizaciones culturales. Todos esos hombres, en las jornadas del centenario, dialogaron en torno o temas científicos. Conferencias y visitas pusieron de relieve el universal interés de una labor que tenía a la vez importancia científica y humana. Por eso pudo decir certeramente el Ministro de Educación en el discurso de clausura: «En medio de un mundo de amenazados horizontes, que vive escindido por sordas y agrias pugnas, son regalo del espíritu los amigables coloquios de quienes se reúnen a departir sobre las nobles actividades de la inteligencia. Los elevados y afectuosos mensajes que han sa-

ludado al primer centenario de la Real Academia de Ciencias, demuestran que un sólido vínculo de unidad enlaza todavía los ideales de los investigadores científicos; su fiel servicio a la verdad, invariable y una, es la mejor garantía de que la paz indivisible y universal pueda reinar sobre la fecunda redondez de la Tierra en un feliz mañana.»

Tras las sesiones del centenario se celebró la solemne clausura, bajo la presidencia del Jefe del Estado, a quien los allí reunidos tributaron un efusivo homenaje. Pronunció una hermosa conferencia sobre «Las ciencias y las armas» el insigne sabio español don Esteban Terradas. Y a continuación, el Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, leyó un discurso, en el que destacó especialmente la significación espiritual de las jornadas del centenario. «La honesta libertad de la especulación científica—dijo—y la caballerosa paz entre los que mantienen criterios propios y diferentes con intención constructiva, es el cristiano signo que distingue y adorna la civilización de Occidente. Nuestra nación se goza en haber ofrecido a sus insignes huéspedes como espiritual ámbito de sus reuniones la vigilante y laboriosa paz de estos días de 1949, en que otra vez, como en los mejores tiempos de nuestra Historia, han brotado, tras la amargura de la crisis histórica, las permanentes energías de España. Un ardiente empeño de perfección en nuestra actividad investigadora y un propósito de digna colaboración ecuménica sirven hoy de norte a la diaria tarea; y es mi hondo deseo, señores académicos y extranjeros, que de vuelta hacia vuestros bellos países os haga grato y leve el camino de retorno la convencida seguridad de que una España libre y enardecida trabaja, fiel a su secular tradición, con el tenso ideal de compartir dignamente las nobles empresas intelectuales de la cristiana comunidad de pueblos que se agrupan en el Occidente.»

En la vida intelectual de España, el centenario de la Real Academia de Ciencias ha quedado como uno de los hechos de más auténtica y prolongada resonancia.